expansión continúa al sur del Canal de Panamá; Venezuela está gobernada por un fratricida sanguinario cuya inmoralidad escandaliza al mundo: Juan Vicente Gómez; el Gobierno de los Estados Unidos lo apoya porque aquél entrega todas las riquezas de Venezuela, particularmente el petróleo, a los imperialistas estadounidenses; el pueblo inerme sufre en la impotencia. El empréstito de veintiséis millones de dólares al Gobierno de Bolivia en 1922 hipoteca el banco, las aduanas y todas las rentas de esa República, a banqueros norteamericanos apoyados por su Gobierno. El Ecuador sufre las garras imperialistas, su principal ferrocarril entre el puerto de Guayaquil y la capital Quito, está controlado por el capitalismo norteamericano; los empleados y los obreros ecuatorianos ganan la mitad de los sueldos que perciben los norteamericanos por iguales horas e iguales labores de trabajo. La empresa Kammerer recorre esos países para imponer empréstitos que hipotecan su independencia. Colombia está en condiciones semejantes. Las pretensiones de los Estados Unidos a las islas Galápagos en el Pacífico y a las Guayanas en el Atlántico, para tener estaciones navales a la entrada del mercado del Sur son ya conocidas en todo el mundo. En la República de Chile, el capital norteamericano desaloja al inglés, lenta pero seguramente. Brasil y Argentina comienzan a sentir los zarpazos del buitre imperialista y la doctrina de Monroe bárbaramente interpretada se realiza; desde Alaska hasta la Patagonia la influencia del imperialismo norteamericano es indiscutible. Primero se obtienen concesiones para construír ferrocarriles, adquirir minas y pozos petrolíferos; después se pactan empréstitos tentadores en apariencia, pero despojadores en realidad; las deudas, capitales y réditos se acumulan y entonces el imperialismo las cobra cuando no son pagadas a tiempo, utilizando fuerzas navales y militares. La soberanía de los países queda ultrajada y mutilada. Los malvados y los ilusos, al ver las vías férreas y la riquezas de algunos cómplices del imperialismo, gritan: "es el progreso que avanza". Su ceguera espiritual les impide ver las cadenas que se forjan, la esclavitud y la miseria para las masas, los desgarramientos a las banderas de los pueblos libres. El daño material causado por el imperialismo, es enorme; el espiritual, es mayor. El imperialismo soborna; es el padre de la traición; engendra monstruos como Adolfo Díaz y Juan Vicente Gómez, quienes pregonan su gratitud a los asesinos de sus patrias. Todos los imperialismos son delincuentes pero el estadounidense es el más peligroso porque es el más hipócrita, finge amistad para estrangular, extiende los brazos fraternalmente para herir a los pueblos débiles por la espalda; profana la memoria de Washington y glorifica la de Sylock; silva como una víbora en los subterráneos de Wallstreet repletos de oro, mientras la humanidad agoniza de hambre. Transforma la estatua de la libertad, obsequiada a los Estados Unidos por la Francia revolucionaria, en el gigantesco anuncio de sus traficantes dominando la inmensa bahía de Nueva York.

Nuestra historia nacional es dolorosa y heroica. Primero el imperialismo hispánico, aprovechando el descubrimiento del mundo nuevo para dominarlo y explotar a los indios. La civilización del renacimiento fué benéfica a los íberos y en parte a los criollos; los mestizos la vislumbraron; los indios la ignoraron. A los conquistadores sanguinarios, siguieron los frailes sombríos; algunos, los menos, fueron caritativos y desinteresados; otros, los más, codiciosos e intolerantes; todos predicaron la resignación siempre, la rebeldía jamás; por igual absolvieron a los verdugos y a las víctimas. Tres siglos después se destacaron personalidades excepcionales entre los religiosos: Hidalgo, Mercado, Morelos, Matamoros; éstos sí predicaron la rebelión y la independencia; fueron excomulgados y fusilados. La contrarrevolución social de Iturbide esterilizó temporalmente la sangre de los indios y mestizos, vertida para tener tierras y libertades. El Gobierno Revolucionario de Vicente Guerrero, iniciaba algunas mejoras económicas en favor del pueblo mexicano, cuando el clero y los capitalistas asesinaron al heroe del Sur y echaron los cimientos del supremo poder conservador. El pueblo rugió como un león herido; para domesticarlo, las clases privilegiadas provocaron, de acuerdo con los esclavistas del sur, de los Estados Unidos, la separación del vasto territorio de Texas. El pueblo fué a luchar y a morir engañado. El vasto territorio de Texas fué perdido en 1836 realizándose las aspiraciones de los esclavistas del sur de los Estados Unidos, que diez años después anexaron a la Unión Americana aquella entidad buscando la mayoría en el Congreso. El pueblo mexicano explotado en su patriotismo luchaba abnegadamente contra los texanos primero y contra los norteamericanos después consagrando sus energías a la defensa nacional; sin esas guerras el pueblo se habría levantado contra el poder conservador tiránico y retardatario. En 1838 el imperialismo francés reclamó injustificadamente la suma de seiscientos mil pesos por imaginarios daños y perjuicios a súbditos de aquella nación. El Gobierno mexicano trató el asunto torpemente; el bombardeo de Veracruz y la imposición de ese crédito injusto fueron los resultados. En 1846 de acuerdo los funestos esclavistas del sur de la Unión Americana y el alto clero y la aristocracia de México, fomentaron la guerra con los Estados Unidos; la consecuencia fué la pérdida de más de la mitad del territorio nacional. En esa lucha hubo muchos heroismos; algunos jóvenes oficiales y los cadetes de Chapultepec ejemplarizaron al mundo con su bizarría. Hubo también actos vergonzosos; el pronunciamiento del Gral. Don Mariano Paredes Arrillaga contra el Presidente de la República don José Joaquín Herrera, en los momentos en que el enemigo extranjero violaba por el norte el territorio nacional; el clero fomentó la insurrección del ejército de seis mil hombres mandado por Arrillaga, para crear una monarquía en México y colocar en el trono a un príncipe católico europeo. El pronunciamiento de los polkos, jóvenes aristócratas que se armaron para defender la Capital de la República, y quienes volvieron sus armas contra el Gobierno del venerable Valentín Gómez Frías, al grito de "Religión y Fueros", por haber exigido del clero, único poseedor de riquezas, algunos fondos para organizar la defensa de la República Mexicana. El pronunciamiento se verificó cuando las tropas invasoras avanzaban hacia el centro del País.

Después de la victoria reformista federal, el partido conservador tentó al imperialismo francés con la esperanza de conservar sus riquezas y poder en México. El usurero suizo Jecker prestó al Gobierno conservador setecientos cincuenta mil pesos, cobrando por el pago y los réditos quince millones de pesos, interesando con una fuerte comisión al Duque de Morny, favorito y Ministro de Napoleón III. El imperialismo francés luchó durante cinco años, ayudado por los traidores mexicanos, con la esperanza de convertir a México en una colonia francesa. La victoria fué alcanzada por los mexicanos republicanos después de mil doscientas acciones de guerra en las que perdieron la vida setenta y cuatro mil defensores de la libertad.

La obra de Juárez y de su continuador don Sebastián Lerdo de Tejada comenzó a florecer augurando épocas mejores para el pueblo mexicano. Porfirio Díaz se convirtió en un agente del capitalismo extranjero y del imperialismo anglo-americano. Todas las riquezas nacionales fueron entregadas a empresas extranjeras con el carácter de "concesiones". Las huelgas, las justas huelgas de los trabajadores, disueltas a balazos para contentar a los patronos extranjeros, sin economizar para ello la sangre de los asalariados mexicanos. El imperialismo norteamericano llegó a un grado de insolencia inconcebible; verificábanse las fiestas del Primer Centenario de la Independencia Nacional; el altísimo poeta Rubén Darío representando al pueblo hermano de Nicaragua venía a tomar parte en el júbilo nacional; los delegados norteamericanos fruncieron el ceño y Porfirio Díaz para tranquilizarlos ordenó la expulsión de Rubén Darío. Algunos años antes se habían gastado sumas enormes para recibir a Ellihut Rut, prominente delegado de los Estados Unidos, mientras el pueblo mexicano soportaba estoicamente el hambre; la mayor parte de las cosechas se habían perdido. Los mineros mexicanos de Cananea se declararon en huelga demandando ganar iguales salarios que los asignados a los trabajadores extranjeros desempeñando iguales labores y las mismas horas de trabajo. Uno de los accionistas de la Compañía Minera, William Green, entró a México al frente de 300 soldados norteamericanos matando a muchos trabajadores mexicanos, entre éllos varios niños. Este crimen, quedó impune. En aquella época se llamaba a la absorción de México por el capitalismo americano, la conquista pacífica.

La revodución Maderista, continuadora de la Reforma y de la Independencia, impidió que México se convirtiese en una colonia de los Estados Unidos. Los enemigos de la revolución afirmaron que Madero había contraído delincuentes compromisos con el Gobierno de la Nación vecina, pero la Historia ha destruído esa calumnia; Madero fué un presidente honrado; fué el primer gobierno que reconoció el derecho de huelga de los trabajadores. El derrocamiento de su Gobierno y el asesinato de su persona y del intachable Vice-Presidente, José María Pino Suárez, se pactaron en la Legación